

PREGÓN FIESTA DE LA MERCED

HUETE, 18 de septiembre de 2014

M^a Eugenia García

Amigos todos, muy buenas noches. ¡Hola paisanos!

Alcalde y Corporación municipal, un saludo.

Querida familia toda.

En estos momentos quiero agradecer de todo corazón, el que ustedes se hayan acordado de esta humilde campesina, esto para mí es un poco fuerte, porque ya conocéis todos mi vida, en particular las personas mayores y en lo que he trabajado toda ella.

Por mi parte he puesto y pondré todo lo que sea posible, primero preparando este pregón y ahora leyéndolo; con mis limitaciones tanto físicas, mis rodillas ya no quieren aguantar más, como de conocimiento, más tarde os hablaré de lo poco que pude ir a la escuela. Por eso os pido disculpas por los fallos que pueda tener, pero con cariño y un poco de comprensión por vuestra parte, intentaré conseguir que todos juntos pasemos un rato agradable.

Quiero comenzar dando las gracias a la Virgen de las Mercedes, ella es la madre de Jesucristo y también madre nuestra, la que nos quiere, nos ayuda y nos protege, igual que cualquier madre hace con sus hijos, y está esperando que acudamos a su lado para mostrarnos todo su amor. Cuantos recuerdos me trae la Merced, no solo por la fiesta, también por el edificio que todos conocemos por ese nombre, y en el que tan buenos ratos he pasado.

Mucho recuerdo a mis maestras, a Doña Adoración, aquella bendita mujer, con un poco de genio cuando cogía el puntero. Yo le preguntaba que por qué tenía eso en la espalda, estaba un poco encorvada, y ella me decía que cuando seas como yo también lo tendrás, ¡y qué razón tenía!. Cómo recuerdo su entierro y cuantas visitas hicimos a su tumba, que ya no existe.

Después pasé a Doña Esperanza, me decía que yo era un diablillo pero que era un cielo, a todas las niñas nos gustaba cogernos de su mano, ¡qué buenos recuerdos!

Más mayorcita pasé a Doña Victoria, otra buena y excelente persona para mí; pero con ella la escuela era ir tarde, mal y nunca... ¡cuantos viajes echó a mi casa para que fuese al colegio!... pero todo fue en balde, no podía; en el tiempo de sembrar había que hacer muchas cosas y entrando el mes de abril la escuela se terminaba del todo, con la escarda y más trabajos, que ya no quiero ni acordarme...; pero intentaba esforzarme y para todo sacaba tiempo.

De que no tenías que sacar la cuadra de las mulas, tenías la de las ovejas y si no la de los gorrinos o el muladar del corral o en el campo a extender las galeras de basura que se llevaban para sembrar la cebada, o ir a la era... ya del campo no cuento... eso lo dejo para el que me ha visto trabajando... Cuantas mochilas han cargado mis espaldas para escardar, y con la mochila el trabajo era un gozo...

Pero también tengo recuerdos estupendos, como el de mi primera comunión, la hicimos bastantes niñas en la Parroquia de San Esteban el 27 de mayo de 1948, con mucha sencillez, porque el vestido que llevaba me lo habían dejado, y como yo estábamos muchas. Desde aquí le doy las gracias a Alejandro Martínez, el padre de Vicente el Chibuso, nos dio a todas las de la primera comunión un chocolate con tortas, magdalenas y galletas, porque Pili, su hija, también la hizo.

Antes no había tanto volumen para esta celebración como hoy en día y recibíamos igual al Señor; ya han pasado muchos años y la vida ha cambiado muchísimo, yo me alegro de que ahora los niños y niñas de comunión celebren una fiesta con toda su familia y reciban un montón de regalos, nosotros, los más mayores, no tuvimos tanta suerte, pero tengo que decir que también lo pasábamos muy bien...

Muchas de las veces que nos juntábamos las niñas era para celebraciones religiosas. Como recuerdo, igual que muchas de las presentes, las sabatinas a la Virgen, ¡qué versos decíamos cuando salíamos a ofrecer, con aquellos vestidos y aquellas cofias!... Cuando no le estiraba a una del velo, le estiraba de la cofia...

Don Fernando Evangelio me decía, cuando hacíamos la M de María: “Ya no te rías más” y según formábamos la M y nos daba una palmada, nos contagiábamos una a otras y a todas nos

daba por reír... Cuantos capones me he llevado de algunas que decían que era un remolino; pero Don Jesús Martínez me decía que prefería a un remolino como yo que no a los que pasan tan suaves y luego te la juegan... Como era tan pequeña, a veces me dormía apoyada en el hombro de alguna y otras veces no paraba de hablar con la de al lado... ¡Qué misas con Regina Olarte! Con ella yo aprendí mucho y también hablé mucho... y siendo ya mayores también aprendimos mucho con ella.

En el novenario de las ánimas, cuando se ponía el catafalco todo cubierto de negro con una calavera y dos banquillos de velas a los lados, como siempre se cantaba nos subíamos al coro y al bajar, yo la primera, salía corriendo por las escaleras y apagaba la luz, me ponía el velo y les cantaba para asustarlas: “Oíd, oíd mortales piadosos y ayudarnos a alcanzar, que Dios nos saque de pena y nos lleve a descansar”. Cuando bajaba ya tenía la caponera, pero... ¡Qué bien se pasaba!

Siempre me han gustado las flores y recuerdo los ramos que traíamos a la iglesia con flores del gamón, la parte verde de abajo se aprovechaba para cocérsela a los cerdos, pero con la flor, que era una vareta parecida al nardo, sin perfume, junto con los farolillos que encontrábamos por los barbechos hacíamos unos ramos preciosos y que también daban su resultado.

No olvidéis que fueron tiempos muy duros, recuerdo los domingos en misa del Cristo, cuando estábamos nosotras más tranquilas, oías al alguien que decía: “ya vienen, ya vienen...” decían que se les aparecían sus seres queridos, y lo que se aparecía era el hambre que pasaban algunas personas que estaban ya muy débiles.

Una ya tiene unos cuantos años encima, en junio pasado cumplí 74, y siempre vienen a mi memoria imágenes y recuerdos de los años de atrás y de aquellas costumbres que se tenían; es cierto que lo pasábamos muy bien, pero tengo que reconocer que he trabajado mucho, tanto yo como toda la gente de mi época, fueron tiempos muy duros con mucha necesidad, después de la guerra civil; todas las manos que había en la casa, desde los niños hasta los más mayores, eran necesarias para el trabajo en el campo, que era de lo que vivíamos la mayoría de las familias.

Recuerdo a nuestros mayores trabajando sin poder. Al tío Santiago Lillo y su hermano Vicente, cuando teníamos que meter a las ovejas en las pilas para bañarlas con azufre y zotal y el pobre Santiago, que estaba mal, ya no podía, sudaba y se mareaba; todo esto se hacía en el lavadero en unos corrales hundidos que había allí, por donde está hoy el hogar de los mayores, ¡qué duro era todo aquello!

Cuando criabas los corderos y llegaba el día de su degüello, a mi me costaba llorar, porque los veías con sus madres en el corral y el día que te tocaba los subías al matadero, te los colocabas entre las piernas, les cogías la cabeza y les clavabas el cuchillo; eso ha sido lo que más me ha dolido de todos los trabajos que han pasado por mis manos. El tío Vicente Lillo me decía: “nena, esto es así de duro y de crudo”.

Recuerdo subir a San Pedro a por las ovejas y al bajar por las escaleras del reloj siempre se juntaban con el ganado del tío José el Pardillo, y yo lloraba y el hombre me decía que no pasaba nada que los animales solos buscaban su vereda, y así era, cuando el ganado pasaba todas bajaban derechitas a sus casas.

En mi memoria también está grabada una conversación con Pedro, el pastor, el padre de Ramón, muchas veces lo encontraba cuando yo subía a comprar el pan, me cruzaba con él y le decía; “¡vaya usted con Dios, Pedro!” y un día, donde hoy está el Registro me dijo con estas palabras: “no me parece mal lo que me dices”. Me quedé sorprendida porque no entendía lo que me decía y le contesté: “nunca lo dude usted, aunque no lo vea siempre lo tendrá”; Me contaba que pasaba muchas horas en el campo y que el día era tan largo que miraba al cielo y no veía nada pero le daba tranquilidad, que él no creía en muchas cosas pero que algo tenía y yo le dije que él era pastor igual que los primeros que fueron al adorar al niño Dios. Las personas sencillas nos enseñan mucho y bueno.

Muchas madrugadas, a las cuatro de la mañana, ya caminaba con el palón, una botella de agua y un pepino hacia Valquemao, a la casa que estaba cerca, a regar. Recuerdo los perales que había en la casa, pero como estaban tan altos, les tiraba gasones para ver si caían algunas peras, ¡pero nada!. Caminaba a la luz de la luna y cuando pasaba por el tejat y me acercaba a los árboles de mi

abuelo ratón, ya que temblaban las piernas, porque tan grandes me daban miedo, aunque nunca me pasó nada, gracias a Dios. A veces iba cantando y sentía el ruido de alguna galera o carro y caminaba más despacio, cuando llegaban a mi altura me decían: “sube, hermosa”, como todos nos conocíamos, ellos ya sabían donde iba y al llegar me paraban: “adiós, hermosa”. No menciono a ninguno porque todos se han marchado ya, buenas personas todas, los recuerdo con cariño y desde este escenario les doy las gracias.

Como a María, la de Lorenzo Cruces, ¡qué rebanadas de pan con vino y azúcar nos preparaba a sus hijas y a mí! Yo bajaba a regar la alfalfa y metía el agua en dos o tres eras más y me subía a jugar con sus hijas hasta que alguno que pasaba me decía: “nena, que tienes al agua por el camino”

¡Cuanta lucha!, muchas veces cuando volvía a Huete con la burra me encontraba con Teresa, la Pichicha, era su mote, igual que yo ratona o peliblanca, cargada con una buena gavilla de aliagas, venía, la pobre, que ya no podía más y yo le decía: “vamos a poner la gavilla en la burra” y ella no quería porque yo también venía cansada, pero arrimábamos la burra al zopetero, si lo había, y subíamos la gavilla encima y con el pañuelo de la cabeza la atábamos...

Fueron tiempos muy duros, mucho peor que ahora, yo hambre, la verdad es que no pasé, pero las espaldas las tenía molidas de tanto trabajar subiendo costales de trigo de tres almudes por una fila de sacos hasta arriba, eso si tenías suerte de poder llegar con el costal y dejarlo, porque si se caía al suelo ya te veías y te deseabas para desocuparlo; esto enfrente de mi casa actual, en Santo Domingo. También subía sacas de harina de 100 kilos en casa de mis padres hasta la habitación de arriba, los ocho escalones que había. Doy las gracias a Enrique Golfín, que me libró de subir dos de estas sacas, porque ya no podía más.

A pesar de todo esto, teníamos mucha alegría y siempre había un rato para pasarlo bien. Yo veía como trabajaban mis padres y ayudaba en lo que podía o en lo que me mandaban; con Cristina, mi vecina, la madre de Sebastián, el maestro, nos poníamos a lavar la ropa y me decía que lavara en su patio, porque daba el sol; ella tenía su artesa forrada de zinc y la mía se

salía, yo por donde podía la tapaba con jabón, pero al momento ya estaba rota otra vez; agua sí teníamos, yo no tenía que ir a la fuente, aunque luego nos pusieron las pilas y tan rebién. Ella me decía: “qué templada vas a ser, no te puede el sol”. Ella también fue muy valiente...

Muchas veces en el campo cuando ibas a coger el pan del talego, tenías sorpresa, se había llenado de hormigas, pues sacudías el pan y te lo comías con el resto de comida de la merendera y ¡tan rico que me estaba!

Que alegría cuando te encontrabas el nido de la perdiz con diez o doce huevos, muchas veces salía la perdiz volando y otras iba con los polluelos. ¡Qué manadas de perdigones!

Con siete años yo ponía el cocido para los segadores, todo me lo dejaba mi madre preparado, yo encendía la lumbre y ponía el puchero, subía a por cinco pesetas de carne a casa de tío Eusebio, el Colorao, la lavaba y la echaba en el puchero con los demás ingredientes y ¡qué cocidos tan ricos salían!

Recuerdo a unos segadores que estuvieron en mi casa, Avelino y María, durante 22 o 24 días, por la comida y 2.000 pesetas, unos 12 € de los de hoy. Yo era tan pequeña que me cogían en brazos y me subían encima de la burra. ¡Qué alegría les daba cuando me veían aparecer con la olla! Él era sordo y cantaba muy bien y le decía a su mujer: “mira, ya viene nuestra nena”, comíamos el cocido y ellos fregaban la cazuela y seguía cantando. A veces me decía: “vamos a hacer el gazpacho, nena, verás que bueno está” y pelaba el pepino, el tomate, su sal, su vinagre y su aceite y al agua fresquita y ¡qué bueno estaba aquello! Mi madre me pedía la ropa de los segadores para lavarla, pero ellos no querían dármela, aunque al final siempre me la traía en un saco. ¡No podéis imaginaros que ropa! Algunos de vosotros, si lo sabéis, tiesa de sudor, yo les decía que se cambiasen todos los días y les lavaba la ropa, pero no querían, les daba apuro, aunque a mi no me asustaba. Lavábamos la ropa y la tendíamos para que se secara y se soleara. Todo esto lo recuerdo con mucha alegría.

Siendo también muy pequeña me enseñó mi madre a hacer levadura. Estaba jugando, ella me llamaba y ya se había terminado el juego. Iba a casa de mis tías o la vecina que más reciente tuviera la levadura y después se la devolvía. Cuando la

terminaba de hacer la colocaba en la artesa y la tapaba, le hacía una cruz y decía: “crece levadura, como la Virgen crecía en hermosura”; de la misma forma al día siguiente cuando hacía la masa, mi madre me recordaba que deshiciese bien la levadura para que no quedaran grumos y que echara la harina despacio, poco a poco y cuando estaba terminada, como la canasta, el tendío y la masera estaban preparadas, ponía la masa y le hacía otra cruz, diciendo: “crece masa, como la Virgen, crecía en gracia” todo se tapaba bien y la masa crecía. Venía a recogerla el hornero y según llegabas al horno pedías la vez.

Me hizo mi madre un delantal blanco y con mi caja subía la cuesta del mercado toda contenta. Daba gusto cuando volcabas la masa en el tablero, se pesaban unos panes de a quilo y a atezar, como no alcanzaba muy bien al tablero, me subía en un cajón. Ya no me marchaba a mi casa hasta que no me bajaba con el pan cocido.

Recuerdo al tío Cándido, que me enseñó a hacer tortas y dibujar las cestillas y los pajarillos, desde aquí vaya mi recuerdo para él y para su hijo Joaquín.

Como no podía estarme quieta decidieron mis padres llevarme con ellos al campo a escardar, me hicieron una horquilla y un tranchete y mi padre me decía: “toma esto y el cardo que no lo corte, lo pisas”.

Todo el día danzando de un sitio para otro, no ganaba para zapatillas, así que me hicieron unas albarquillas, la mar de bonicas, y no sabéis lo cómoda que caminaba con ellas, ¡mejor qué ahora...!. Con las zapatillas de esparto, yo necesitaba unas nuevas cada día. También estaban las que tenían la suela de goma, que duraban más. Recuerdo buscar todas las que tenían goma porque las cambiaban por caramelos, venía el hombre y decía: “se cambian caramelos por alpargatas viejas” y los muchachos y muchachas volábamos a buscar alpargatas de goma.

Ya más mayor, con doce o trece años, recuerdo a toda aquella buena gente, a la que iba a cobrar la dula. Me decían las mujeres: “ten cuidado bonita con el dinero”, llegabas a alguna casa y te las encontrabas en la lumbre con la sartén puesta haciendo papartas: “siéntate y cómete una”, algunas me comí donde Balbina y Juana de Vitorio. En casa de la tía Ruperta

siempre me guardaba alguna magdalena o galleta, las tenía metidas en un puchero. En el Barrio de Atienza no cobraba mucho, porque bajaban ellos a pagar, así que comenzaba en la cuesta del mercado, el listado de casas, que aún recuerdo era: el tío Mellao, el tío Tacolo, los Canarios, el Serranillo, la Paca, la Tararita, la María la Rubia, la Brígida, la María la Peluca, la Ruperta, la Felisa la Carrasca, la Teresa, Elías, Mollete, el tío Calle, la Felicia, la Felipa, el tío Santiaguillo, la Inés, el tío Mateillo, el tío Cerrita, Pedrete, la Mónica, el tío Langueno, el tío Tararita, los Castos, la Salvadora, la Mere, la Nico, la Balbina, la Teresilla, el tío Bonifacio, el tío Mariano, la tía Ignacia Bascuñana, el tío Carrasco, la Juliana la Tiesa, la tía Pilar, la Telara, los Castifortes, el tío Follollo,... Disculpad si alguno se me ha pasado...

Esto era una maravilla... tratar con esta gente. A veces no tenían dinero, pero volvías otro día y cuando me veían venir yo los oía decir: “qué ya la tenemos aquí otra vez...” ¡Qué tiempos aquellos... pero que recuerdos tan buenos...!

Cuantos recuerdos de la vida en Huete, nuestro pueblo, todas las casas con sus puertas abiertas, no teníamos miedo, confiábamos unos en otros; al anochecer en las cuadras, con los animales, limpiábamos un rincón, poníamos paja limpia y allí todos que a gusto estábamos. En la Plaza de la Merced jugando a tres navíos, como subíamos por las escaleras de madera para escondernos en casa del tío Jodío, el señor Joaquín Alcázar,... En el invierno, buscando el sol, todo el vecindario de la calle Tenerías y la calle del Barranco, con su asiento o su silleja. En el corral de mi tía Anastasia hacían calcetines, se echaban piezas y se hacían muy bien los rincones en las prendas que se arreglaban, y así aprendimos muchas de nosotras... Cuantos ratos he pasado cosiendo con Carmen Calle y aquellas chavalas y las veces que subíamos al Castillo o al Balcón del Moro, ¡qué ratos tan felices que pasamos...!

Una víspera de Santa Quiteria, a una de mis amigas, Carmencilla la Modista, le dijo su abuela que subiese para darle la propina y fuimos las dos, en aquellos tiempos le dio cinco pesetas, y cuando bajábamos por la calle de las Monjas, en la esquina de Alicia Gómez había una noria que el hombre movía a

mano, montamos y nos gastamos las cinco pesetas; el señor nos dijo que no podíamos montar dos, que tenían que ser tres y montó con nosotras Antonio, el hijo del tío cojo el posadero, yo le decía a Carmen que luego le pagaba mi parte, pero ¿de dónde? Si no tenía ni cinco... Al día siguiente cuando se enteró su abuela y mi madre, ya os podéis imaginar la que nos cayó encima... Aquello ya pasó, gracias Carmen porque, la verdad, es que fue muy divertido y fuimos muy felices.

Ya más mayor, cuando cosíamos camisas y pañuelos en las monjas en el Cristo, dependiendo de la semana o el día nos tocaba limpiar a unas u otras, y ese día éramos mi prima Eulalia y yo, y como siempre estaba con la picardía en el cuerpo decidí gastarles una broma al resto de las muchachas. Le pedimos a la señora Pura la ropa del tío Lucas y yo me la puse con sus gafas y su gorra de visera y me coloqué en el descansillo que hay en la entrada al oratorio del Cristo justo en el momento de la salida de los talleres de costura, cuando sube la primera por las escaleras y me dice: “pero tío Lucas ¿qué hace usted ahí? ¡qué se va a caer!” y al acercarse a mi, notó algo raro y encima voy y le digo: “¿qué le pasa al tío Lucas?... ahora no quiero ni pensarlo... ¡qué manera de volar por las escaleras abajo, que no se mató porque Dios no quiso!, gritando: “¡qué se ha metido un hombre, qué se ha metido un hombre...” ¡Cuánto nos reímos! y la madre Torres, me dijo: “¡Tú tenías que ser!”

Otro día en el taller entró una rata, como un gato de grande, y se escondió entre los fardos de las camisas, como nadie se atrevía a entrar, cogí un cepillo y aunque la rata me hacía cara, conseguí matarla. Con un recorte de tela la cogí del rabo y salí al taller con ella, ¡ya os podéis imaginar! ¡hasta encima de las máquinas se subieron...!

En otra ocasión venía en la galera con mi padre y las mulas, la andaluza y la catalana, de recoger unos haces de avena de la alberca el rubio y estaba el tío Bernardo Chaquetón sacando ajos y le dijo a Dolo su hija que se viniera conmigo y así no iba andando hasta Huete, recuerdo que llegando enfrente de la fragua de Foro había un barranco pequeño que tenía mucho cieno y muchas avispas y siempre bajaba con un poco de agua sucia y al pasar por allí, yo me bajaba de la galera y cogía a las mulas de la

madrina y los animales pasaban sin miedo, pero aquella vez mi padre dijo que como no llevábamos mucha carga que no me bajara. Dolo y yo íbamos entre la avena y exactamente no se lo que pasó, si es que mi padre les dio con la varilla, el caso es que la mulas se subieron al zopetero y la galera quedó boca abajo, ¡cómo salimos de debajo! ¡igual que dos payasos! llenas de tierra, ¡gracias a Dios que no pasó nada! ni a nosotros ni a los animales, pero a mi me dio por reír y Dolo, que era más pequeña decía: “¡Ay, mi pamelita y mis gafas de sol!” y mi tía Encarna que estaba en la era y se asustó me decía: “¡ay, que chiquilla, y encima se ríe!”

Podría contaros montones de anécdotas, pero no quiero alargar más este pregón, os he narrado vivencias que me han sucedido y he compartido con vosotros muchos de mis recuerdos, sobre todo de mi infancia y juventud, espero que os haya resultado agradable y que hayáis pasado un rato entretenido.

Mis últimas palabras me gustaría dedicarlas a la juventud de Huete, de nuestro pueblo; recuerdo hace muchos años, lo bien que lo pasábamos cuando mis primas y mis amigas nos bajábamos a la carretera de la estación, cantando canciones preciosas a dos voces, seguro que todas ellas recuerdan estos ratos.

A los jóvenes de hoy nos los oigo yo cantar mucho, los veo siempre con sus móviles en la mano o jugando con las consolas. A los mayores nos dicen que somos unos antiguos y unos carrozas y nosotros pensamos que la juventud no lleva buen camino, los padres les dan todo lo que piden y ellos se esfuerzan poco... Desde que el mundo es mundo, la juventud siempre se ha llevado las críticas de los más mayores, por diferentes motivos, dependiendo de la época en la que se vivía; pero aquí seguimos cada uno con nuestras cosas buenas y no tan buenas, pero tirando para adelante...

Gracias jóvenes, que formáis esas peñas que son la alegría de la fiesta de la Virgen de la Merced y de todo el pueblo de Huete. Es emocionante ver, mañana viernes, la ofrenda floral a la Virgen, el colorido de blusones y camisetas de nuestro peñistas y todos y cada uno de vosotros pasando por delante de nuestra Morena, para hacerle entrega de unas preciosas flores. Vosotros y el resto de los optenses, amigos y visitantes que nos acompañan

en estos días, desde aquí os animo a que participéis en la ofrenda floral de mañana ¡Qué orgullosa se debe de sentir nuestra Madre de la Merced, cuando nos vea a todos reunidos delante de ella!

Y el sábado cuando salga a recorrer nuestras calles, os invito a acercar vuestros hombros a las andas para hacer más ligero el camino de nuestra Virgen y de los que la portan.

Gracias a todos los que habéis venido a este pregón, a los que de una manera u otra colaboráis en que esta fiesta sea cada año un poco más grande y deseo de corazón que mayores, jóvenes y niños disfrutéis de estos días y seáis felices.

No me queda nada más que decir que...

“He venido a la Merced
a ver nuestra morena,
la Virgen de las Mercedes,
que es lo mejor de mi tierra.
¡Qué bonita estás María!,
quien te da tanta belleza,
quien pasa por tu figura
que no incline la cabeza.
¡Qué bonita está mi Virgen
con ese precioso manto!
Me tengo que controlar
para detener mi llanto.
Las flores de los balcones
se quedan acomplexadas,
porque no son tan bonitas
como es tu preciosa cara.
Eres buena y cariñosa,
eres morena y salada.
Tú todo te lo mereces,
yo me despido de ti,
pero mañana volveré a verte.

¡VIVA LA VIRGEN DE LA MERCED!